



XII

Consolatrix afflictorum

A la mañana siguiente entró Manuelilla en el corral produciendo terrible dispersión en gallinas y polluelos; pero no tardó la bandada en acercársela y rodearla luego que la reconocieron y vieron arrojar miguitas, agasajo, que todos los días les hacía.

Como advirtiera que faltaba una gallina, á la cual tenía afición porque era de las más hermosas y que más ponían, entró en el gallinero á buscarla.

Era el gallinero una construcción, levantada al arri-

mo de la casa y la tapia del corral, con cobertizo de viejas y verdosas tejas sostenido por toscos muros de cascote. Allí halló, en el ponedero, á la descarriada y advirtió que no lo estaba por negligencia sino por impedimento, pues tenía una pata quebrada. Apenóle mucho á Manuelilla semejante infortunio ocurrido á su predilecta, no pudo explicarse cómo, y viendo que el animalito se quejaba al tocarle, fué en busca de la tía Victoria. Esta examinó el daño y luego llamó á Faquimo que era muy habilidoso en esto de componer entuertos de bichos, tanto que, según su ama, había hecho curas maravillosas y poco menos que sacado del otro mundo á algunas caballerías, perros, cabras y también no pocas gallinas. El pobre mozo, cuyos secretos devaneos estaban un poco en calma, así que recibió la orden de entablillar á la perniquebrada y oyó á Manuelilla que ella la tendría en brazos durante la operación, quedó suspenso y atortolado; pero era forzoso obedecer y disimular todo lo posible, así es que fué á cortar tablillas á propósito y tomar aguardiente y agua de sal como eficaces remedios, además de cintas y trapicos, cosas que pensó no hallar según de aturullado anduvo; y volvió al gallinero, donde, ¡oh fatalidad! le esperaba sola la dueña de su corazón... Ella se sentó en el suelo con la gallina en los brazos como si fuera niño de pecho, Faquimo arrodillóse todo lo cerca que pedía el caso. Como las medicinas eran de demasiada fuerza (que más suaves no las aplicaba nunca) y la gallina se estremecía y trataba de huir, y la moza la estrechaba y sujetaba para impedirlo, y el mozo se encontraba tan alterado, la cura se hacía con mucha torpeza y embarazo. Cirujano y enfermera se tropezaban las manos y mutuamente sentían en los rostros la tibia y anhelosa respiración.

—Lleva mucho cuidado, que el pobrecito animal no puede resistirlo—dijo la moza.

Pero Faquimo, como tenía telarañas en los ojos, hormigueo en las manos, temblor de quartana en todo su cuerpo, ni veía la quebradura del animal, ni acertaba á ponerle las tablillas, ni era dueño de serenarse; sudábale la frente, y el corazón parecía una máquina de vapor de ochenta caballos, funcionando á toda velocidad.

—¡Por Dios, que el animalico no puede más! lleva cuidado... Pero no le pongas más vendas; ahora las tablillas... Que vas mal... espera... ¡Pobrecita! cómo se queja!...

Así decía Manuelilla, que, aunque tampoco estaba serena, á lo menos tenía fuerzas para hablar, al contrario de Faquimo.

Aumentaba el apuro, y cada vez lo hacía el albéitar peor por querer apresurarse. Comenzó á sujetar las tablillas con una cinta.

—¡Más fuerte, aprieta bien! Estás temblando, Faquimo—le dijo quedamente Manuelilla echando una mano.

Ya no pudo más el pobre mozo: incorporóse sin deshinchar las rodillas, miró á la zagala con expresión trisísima de desesperación, de desconsuelo, de amargura, de amilanamiento, de vergüenza... suspiró, tendió hacia ella los brazos, y con acento tierno y muy débil exclamó así:

—¡Ay, Manuela! Despréciame, ódiame, si; pero no puedo callar más tiempo: te quiero, preciosica Manuela, te quiero más que á todas las cosas del mundo. Yo no tengo otra voluntad que eres tú, Manuelilla. ¡Pero ay! mi maldita lengua me vende para que me odies más...

Manuelilla se puso en pie sin mirarle, y acomodando la gallina sobre el ponedero se puso á concluir la operación.

Faquimo, cubriéndose el rostro con las manos, siguió diciendo:

—Yo bien sé que no puedes quererme, y mil veces me decía: no puede ser; pero, como Mahoma cuando se le trae á dormir en la cuadra, que se desata y se va, lo mismo yo con esta terquería que me puso Lucifer en la mollera. ¡Válgame Dios, qué miserable soy! ¡cuántos palos merecería! Pero desde hoy... yo juro de olvidarme de todo, y si no tirarme al río, y eso será lo mejor.

—Calla, no grites—murmuró ella.

El mozo se le acercó de rodillas, y con acento compungido exclamó:

—Perdóname, estoy loco. Por los clavos de Cristo, Manuela, no digas nada á nadie, que yo te prometo no mentarte nunca estas cosas. ¿Manuela, me prometes callarlo?

La muchacha, que aún estaba junto al ponedero cuidando á la gallina inválida, volvió pausadamente el rostro hacia Faquimo y puso en los angustiados ojos de éste los suyos, llenos de dulzura, de pasión y de encanto. Con tal sonrisa le miró, que Tomás no recordó haber visto ni imaginado nunca más graciosa zagala: enteramente era la Virgencica de los Cardos con zagalejo de percal y pañuelo de talle rameado.

—¿Me perdonas, eh? ¡Bendita seas!—murmuró.

—¿Y de qué he de perdonarte? Si no tienes culpa, pobre Tomás.

Entonces sí que creyó éste volverse loco de júbilo y dió muestras de estarlo, según le entró por besarle el delantal y las manos, echándola cien bendiciones y haciendo estrambóticos discursos. Ella hizole levantar del suelo y se desvió pudorosamente con los párpados caídos y las mejillas muy subidas de color.

—¡Manuela—dijo él, con el rostro todo mudado de como le tenía cuando se culpaba de quererla,—no sabes cuánto te quiero! Por eso andaba tristón... claro, ¿qué había de tener? Pero ahora me parece que lo

negro es blanco y lo pajizo encarnado. Tengo el corazón más listo que conejo de soto. ¿Me quieres tú... di... me quieres?...

Y como la muchacha fué hacia la puerta, la detuvo por una muñeca para que le contestara; pero ella sin desplegar los labios intentó desasirse. Tornó él á apurarla estrechando más la esposa que le había puesto en la muñeca, hasta que Manuelilla, soltándose bruscamente, dijo:

— Luego, mientras la siesta, aguardame en la escalera que baja á la cuadra, que allí hablaremos.

Y se escapó, dejando á Faquimo el más feliz enamorado que se puede nadie imaginar. Un cuarto de hora, lo menos, estuvo en el gallinero hablando solo, con grandes ademanes y transportes, que no parecía sino que estaba predicando á las gallinas.

La víspera, el señor Gaspar había recetado al mozo un cocimiento de ciertas yerbecicas que se criaban junto al Cerrillo del Diablo, á donde le envió á cogerlas. Aquel día, cuando venía á comer, entró en la cuadra donde halló al mozo con una alegría tal que le reventaba por todo el rostro, cantando con gritos atronadores lo siguiente:

«Las estrellas del cielo
son ciento treinta:
con las dos de tus ojos
ciento cuarenta.»

Júzguese el asombro del señor Gaspar.

— Muchacho, ¿sanaste ya?

— Sí señor: como que me espabilé, anoche, un puchero entero del cocimiento de las yerbecicas esas. Tan listo como me he quedado. Si todo era mal cuerpo, se conoce; y así... vamos, principio de mal de ojo. Son mano de santo las tales yerbecicas.

Esto confirmó al señor Gaspar en la virtud y efica-

cia de la medicina; medicina que, dicho sea de paso, Faquimo ni aun probó siquiera.

Por supuesto que los otros mozos tuvieron motivo de nuevas burlas con lo del restablecimiento de Faquimo, pues los más estaban convencidos de que su enfermedad no se curaba con yerbas silvestres; pero, aunque todos le creían enamorado, ninguno pudo sospechar en quién había puesto los ojos. Los hijos de Adán son muy torpes para esto.

Comidos y bebidos los habitantes de la Granjilla, recogido cada cual, los de dentro de casa en su lecho y la gente de labor en la huerta, á la sombra de la casa: el sueño campeando en cuantos hacía falta que durmieran (que el sueño es excelente encubridor de amóríos); todo en callado sosiego, llegaron á la vez la hora y el cumplimiento de la cita.

Manuelilla estaba sentada en el mismo umbral de la puerta en que moría la escalera cuando apareció Faquimo, el cual puso asentaderas y pies dos escalones más abajo, recostó la espalda en la barandilla de la escalera que era de mampostería y empinó las rodillas, obligado por la estrechez del hueco. A pesar de estar tan incómodo, á él le parecía que se arrellanaba en algún diván turco sobre cojines de pluma: parecía que aquel reducido espacio era el camarín celestial de la Virgen de los Cardos.

En tal disposición, á media luz, con oído alerta y contento sumo, comenzaron el deseado palique:

— Hermosica, sabes más que Briján. ¿Cómo adivinaste que te quería?

— ¿Que lo adiviné?

— Pues claro que lo sabías tú ya: pus así que eres lerdá. Y al verme cuál andaba tristón y como maniático, y oirme echar coplicas de penas y amores... lo adivinarías. A tu tío le dije que me habían puesto bueno las yerbas que él me mandó á coger ayer, pero

la melecina has sido tú: tú, Manuelilla mía, á quien quiero como quieren los tórtolos á sus hembras; mismamente como ellos las arrullan, me entran deseos de cantarte ahora á ti.

Y quiso tomar las manos de la muchacha; pero ella se las hurtó con un desvío.

—Tontón, no digas esas cosas.

—¿Pero tú me quieres, cordera?...

—Sí—contestó Manuelilla con rubor que le saltaba al rostro y le hacía hablar quedo y como si suspirara.

—Benditos sean los labios que tal cosa mientan. ¡Madre qué hermosa!—exclamó el mozo con transporte, intentando de nuevo aprisionar las manos de la Virgencica de los Cardos, y encontrándose con un manotón, pues ella no era manca.—¿Pero cómo podía pensarme yo que tú me quisieras, si estaba en todo lo contrario? Creía que me odiabas, que el verme era lo mismo que si vieras al Moro Faquimo.

—¿Pues no acabas de decir que yo bien vía lo que eran tus bobadas?

—Bien, pero á mí me daba vergüenza el quererte. Porque, vamos á ver: si tus tíos lo supieran ¿qué harían sino echarme de su casa y decirme que andaba ciego de orgullo? A ti no te pertenece un pobretón, sin pizca de entendimiento; y máxime que ni tiene padres ni los conoció jamás.

—Cállate, vamos. ¿A qué viene eso?

—Nada, ya verás tú: dentro de un mes yo estaré con el fusil y la mochila á cuestas, y tú...

—¿Qué vas á decir?

—Que serás la esposa del Esteban—exclamó Tomás con acento lúgubre.

—¿Pero á qué dices estas necedades? Eres tú Dios para saber lo que va á pasar de aquí á un mes, ni de aquí á un año, ni diez ni veinte tampoco?

—¡Ay, Manuelilla, tú quieres consolarme nada más,

porque como me viste así... claro... Pero tú al que quieres es al Esteban.

—¡Otra! ¿Al Esteban? Modregote, que tienes la cabeza más dura que la piedra del molino! Como me vuelvas á decir eso, entonces sí que te voy á tener más odio y pior voluntad que al mismo Esteban. ¿Soy yo como esas tontuelas que ¿á ese veo á ese quiero, tú que soy?

—Manuelilla, no te incomodes; pero mira, yo ando en las faenas del campo, tú en las de casa; yo cómo en el suelo, tú á manteles; yo soy un pobre mozo de labor, tú llevas la mejor herencia del pueblo; yo no tengo padres ni más arrimo que mi amo, tú eres de una familia honrada y de buen trato. Nada, no sirvo para descalzarte los chapines; y si alguien supiera que tú me quieres y yo te quiero, todos se reirían de mí y me tratarían de loco. ¡Ay! ¿por qué si Dios me crió tan pobretón y bajo, hizo que me enamorase de ti?

—Sosiégate y no digas más desatinos; que si no creeré que quien no me quiere eres tú. Pues hijo, el pecado de la lenteja es el tuyo.

—No, nunca pienses eso; mira, yo me marcharé á ser soldado; pero más que no vuelva á verte en toda mi vida, yo te querré y te querré á perder. ¿Quieres que te diga una cosa? ¿A que no sabes con quién te tengo comparada?

—¿Con quién?

—Pues con la Virgen de los Cardos.

—¡Vaya una ocurrencia! Te va á castigar Dios.

—Pues no hay más; que tus ojos, así azulicos les parecen, todos, todos á los de fejuración que tiene la Madre de Dios en aquella imagen, y en fin que toda te me representas como ella.

—Tú sueñas. Pero oye, es preciso que ahora disimules bien y no hagas caso de lo que te digan los mozos.

—Es que si me vienen con chanzas, yo no les aguantó, ea!

—No hagas caso. Que nadie lo sepa, porque entonces no te querré más.

—Sólo lo sabe don Ezequiel — repuso el mozo muy pensativo.

—¿Cómo, don Ezequiel?

—Sabe que yo te quiero, sí.

—Bien, pero ¿cómo lo sabe? Cuéntamelo todo.

—¿No te acuerdas cuando estabas con la cabra junto al río, que nos viste de platicar á mí y á él?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que yo estaba tras de las matas sin quitarte ojo, cuidando de que no me vieras, cuando él me sorprendió, pues que me había visto de agacharme. Con que aquel día, me dijo que ya sabía él del pie que cojeaba yo y que me hablaría despacio una tarde que viniese por aquí. Yo me le temía como á un pedrisco, cuando cataté que le atisbo á tu lado el día que vinistes: me dió un dolor de tripas *deseguida*, que me marché á la labor porque no me hallase; pero nada, fué á buscarme, y bendito sea Dios, qué sermón me echó!

—Pero, ¿qué te dijo?

Aquí fué la cogida del mozo, pues no quería decirle lo que primeramente sospechara don Ezequiel: al cabo determinó pasarlo por alto y continuó:

—Pues, dijo que... con mirarte con buenos ojos ofendía á Dios, y á tus tios y á ti; pero yo digo que eso son cosas de viejos. ¿No te quiero con buenos fines?

—Nada, no hagas caso de ninguna de esas cosas, Tomás, y ten mucho sigilo.

Y levantándose la zagala, le dijo por vía de despedida:

—Tú eres muy bueno, Tomás, sí, eres muy bueno, pero tienes la manía de estimarte poco. Y yo te digo que te quiero mucho, más de lo que te piensas, porque en tu corazón no hay engaños, ni rencores, ni malicias; y que para mí, ningún amante del mundo por remilgado que sea, vale nada á tu lado.

—¡Hermosica! ¿Qué hombre de estudios te enseña

esas sabidurías tan maravillosas? Luminarias parece que entras en mi corazón, según le has puesto de contento, cuando antes todo era luto y tinieblas en él.

—Ea, adiós... Debe ser muy tarde.

—No te vayas, Manuela — repuso Faquimo tratando nuevamente de cogerle ambas manos, lo cual le valió otro torniscón.

—¡Qué atrocidad... cuánto tiempo hemos estado hablando! — exclamó Manuela.

—Pero, chica, si no es tarde...

—Adiós...

Manuelita se escurrió cerrando la puerta con mucho tiento. Faquimo bajó la escalera de puntillas, loco de alegría, empezando á creer que aquellas sus juiciosas consideraciones eran visibles niñerías. Ella le quería, y este pensamiento era bastante interesante y hermoso para desoir por él cuantos pudieran ocurrirsele.

Amor le había cambiado todo, poniéndole venda como de costumbre. Faquimo iba á ciegas.





XIII

¡Por la cruz de Cristo!

A sí las cosas, la paz de Dios de asiento y beneplácito entre aquellos sencillos moradores; llena de poesía la Granjilla, por la galanura y pompa desplegadas por la naturaleza en la feraz tierra, por los cánticos del corral, por los arrullos del palomar y por los

continuos píos y gorjeos de los juguetones pajarillos; y en medio de todo esto, los incomparables goces del amor en aquellos dos corazones cándidos y rústicos, el diablo en persona vino á poner coto á estas naturales complacencias, ó lo que es lo mismo, el señor Homobono tan feo y miserable de vestido y alma como siempre, amaneció en mal hora con el lindo capricho de llevarse á Manuelilla, pues su tía la necesitaba, y además... (aunque esto lo dijo entre dientes y no se le entendió bien) porque el hijo del señor don Lucas debía llegar aquella tarde.

La Victoria tuvo bastante con el cabo para sacar el ovillo; pero se comió muchas palabras que estaba á punto de soltar, tomando como mejor partido enmudecimiento y cara de palo. La muchacha nada dijo, ni intentó decir, que bien conocía las malas pulgas del tío; pero se apenó muchísimo.

Todo esto sucedía sobre las cuatro de la tarde, al siguiente día del de los últimos referidos sucesos, y Faquimo, *in albis* de semejante desdicha, y por lo tanto alegre, estaba solo, á la puerta de una antigua pocilga, que á la sazón servía para guardar instrumentos de labranza, ocupado en afilar hoces para la siega de la cebada que dentro de pocos días debía empezar, cuando escuchó arriba la voz de Manuelilla, diciendo:

—Deje usted, tía: Faquimo me ayudará.

Y en seguida se asomó la moza á la ventana y le dió una voz.

Salió el mozo á escape, supo de sopetón lo del viaje, de labios de su ama, y la muchacha le ordenó que le ayudase á echar una lía en su baúl, operación que se empeñó en hacer solo.

Lo peor era que seguía de testigo ocular la señora Victoria, de manera que el infeliz ardía en deseos de hablar á su novia, y ésta, que inventó lo del auxilio como añagaza, no lo deseaba menos.

Al cabo se les logró, gracias á Faquimo que tomó con extraordinaria flemma y despacio la tarea, y entonces él quiso preguntar, y antes de que lo hiciese, se apresuró ella á decirle :

—El tío Homobono ha venido á por mí, y... no tengo otro remedio que dilme otra vez al pueblo... Dice que la tía no se encuentra sin mí...

Y enternecida se puso á llorar, blanda y resignadamente sin hacer ruido.

—¿Y me dejas solo, Manuelilla? ¿Y no vas á volver, hermosica? No llores, muchacha.

—No sé cuándo volveré—repuso encogiéndose de hombros.—Pero no tomes pena, que entonces la voy á tener yo mayor. En cuanto pueda volver, aquí me tienes. Yo le he dicho á la tía Victoria que me quiero venir con ella, que en ninguna parte me hallo tan bien como aquí. Con que cuidadito con ponerte otra vez melancólico y lacio como en denantes, muchacho, y dar que hablar: mira que sino, no voy á quererte. Para decirte todo esto te he llamádo. No hagas locuras de dilte al pueblo por verme.

—Anda, pues no faltaba más! Sí que iré, sí... pero procurando que nadie sepa nada.

—No, no. ¿Cuándo quieres dil, que aquí no se conozca?

—Pues, por la noche...

—No, mira que me voy á incomodar si vas; y más que sienta que tiras chinitas á mi ventana, no me asomo. En fin, como vayas... dejaré de quererte.

—Pero, Manuelilla... ¿cómo quieres que pase sin verte?

—Vamos, adiós, y ten paciencia. No hagas borricadas. Anda, márchate; adiós, que van á venir. ¿No ves que es menester que nadie lo sepa?

—Adiós; pero... ¿por qué te llevan tan pronto...?

El mozo hizo tímidamente ademán de abrazar á la zagala.

—No sé.—Vamos, adiós, adiós; quita, hombre, quita.

—Pero, ¿por qué no quieres que vaya á verte?

—Porque lo van á saber hasta los gatos, hombre. Vamos, quita.

—Pues bien, si quieres que no vaya, me has de dejar algún recuerdo tuyo. Esa sortija con piedra verde.

—Bien, pero déjame...

El mozo se desvió dos pasos.

—Esta sortija no puedo dártela, que era de mi difunta madre (que en presencia de Dios se vea); pero... toma.

Y presentóle un alfilerero de madera que sacó de un bolsillo de su delantal.

—Chica—dijo Faquimo, riéndose.—¿Me le das para que tenga agujas con que remendarme los calzones?

—¿Y qué más tiene? ¿No es de mi uso?—contestó ella, con tono entre enfadado y no.

—No te incomodes, Manuela, lo dije de chanzas; pues aunque me dieras las cintas de tus zapatos las estimaría, que donde pongas mano ó pie allí diré yo á besar. Adiós, mujercica mía.

—Adiós, Tomasico...—contestó ella, acompañándole con los ojos hasta la puerta, desde donde él la dijo con los ojos la pena que llevaba en el corazón.

Sola la zagala, se sentó sobre el baúl, y rompiendo en amargos sollozos, exclamó :

—¡Pobre Tomás...! ¡Pobre de mí...!

Estuvo así mucho rato llorando sin consuelo ni tregua; mas de pronto sintió las quedas pisadas de alguien que entraba con cautela en el aposento, y puesta en gran susto, levantóse súbita, clavando los ojos en el importuno. Era Faquimo que volvía con un ramo de tomillo silvestre de muy buen olor.

—¡Ah! que eres tú: me has asustado—le dijo.

—¿Estás llorando? ¿qué tienes, cordera...?

—Nada, déjame—repuso ella con azoramiento mal reprimido; y como huyendo de él, se aproximó á una mesa que allí había, con los ojos bajos y las mejillas arreboladas.

—No, tú tienes algo que no quieres decirme...

—Vamos, no seas pesado y véte, que si nos sorprende la tía...

Faquimo se la acercó despacio, y como ella se volviera para no darle la cara, él empujó la suya por encima de su hombro, y le habló así:

—Mira, he venido á traerte este poco de tomillo; no te lo doy, si no me dices por qué lloras y estás así.

La muchacha no contestó.

—¿Por qué te llevan al pueblo...? Tú lo sabes—añadió.

Y como entonces tampoco contestara, asíola bruscamente por la cintura y un brazo para obligarla á mirarle frente á frente, y en un buen rato no la quitó los ojos. Sin hablar, le preguntaba tantas y tales cosas, que Manuelilla, que sólo levantó los párpados dos ó tres veces, dudaba si contestarle. Al cabo, como una luz que se apaga, la mirada del desdichado Tomás se puso lúgubre, el color del rostro macilento. Suspiró con profunda pena, y después con un gesto horrible en los labios, á modo de risa, y casi sin fuerzas en el habla, murmuró muy despacio:

—¡Ya lo sé, Manuela, ya lo sé...! Sí: ha venido el Esteban, y por eso te llevan allá... para que te vea... ¡Ha venido á casarse contigo, Manuela!

Y apartándose de la muchacha, gritó con un furor espantable:

—¡Malhaya sea él y la hora en que vinistes tú aquí, y malhaya también la hora en que me echó al mundo la mujer que no quiso alimentarme á sus pechos...!

—¡Calla, Tomás, no reniegues de tu madre!—exclamó la zagala con las manos cruzadas, llena de terror y amargura.

—¡Dios me perdone!—murmuró el mozo, enternecido con las palabras de Manuelilla. Y como loco se tiró de bruces sobre la mesa, donde comenzó á llorar con tal agitación y tales sollozos, que la muchacha se temió mucho que el ruido les delatara; y aunque intentó por distintos medios consolarle, no pudo.

—Déjame, déjame—decía él;—con mi propia faja me tengo de ahorcar esta misma noche, y así saldré de penas.

—¿Qué estás diciendo?—dijo Manuelilla con mayor espanto.—Oye, Tomás, oye; ¿ves esta cruz? Mira.

Y le obligó á mirar la cruz que ella hacía con los dedos pulgar é índice de la mano derecha. Pues por ésta, te juro, que aunque el Esteban me quiera y aunque se empeñen mis tíos, no me he de casar con él. Te quiero á ti solo. ¿No eres tan bueno y tan honrado como pueda ser él? Aunque te toque ir á ser soldado y aunque te lleven de aquí á cien mil leguas, yo te querré siempre, Tomás.

El mozo al oír á la zagala, le tomó una mano, y estrechándosela, le dijo:

—¡Pues por la Virgen de los Cardos y por la salvación de mi alma, te juro yo, que no iré á ser soldado, que no iré, y que no iré! ¡Antes sería de noche á medio día! Y te juro también que no te olvidaré nunca, Manuela...

La firmeza con que Tomás pronunció estas palabras revelaba un sentido oculto, y comprendiéndolo así ella, le preguntó:

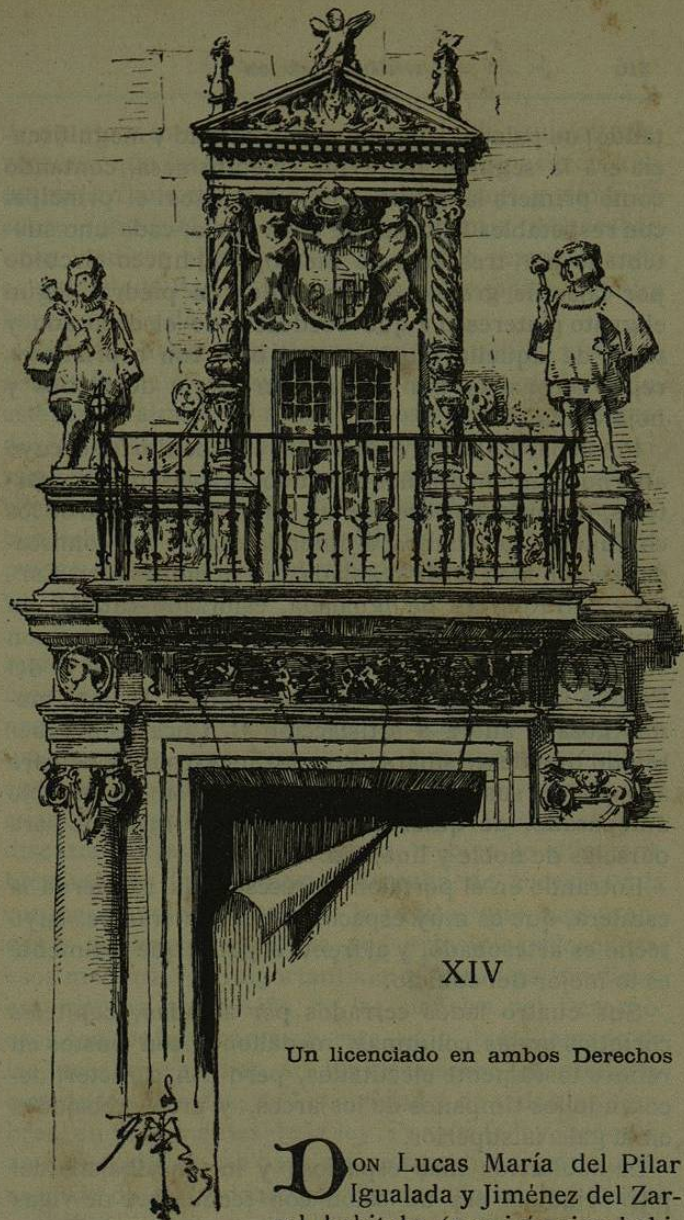
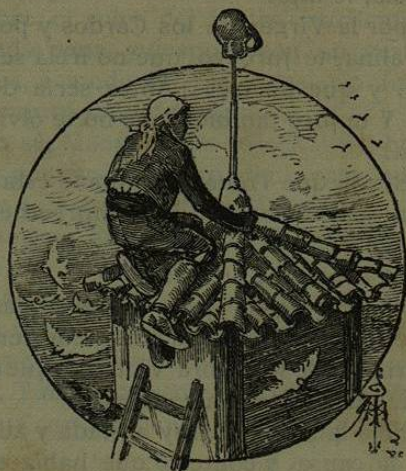
—¿Por qué dices que no irás?

Faquimo iba á contestar, pero sintieron pasos, y hubieron de escurrirse: él hacía sus menesteres, escondiendo su rostro de la señora Victoria, que era quien venía, y ella á la habitación contigua.

La tía halló á la sobrina muy agitada y aun llorosa, preguntóle la causa, y contestó que había estado ha-

ciendo pucheros, porque le daba mucha pena marcharse de allí, donde tan bien se encontraba, é irse al pueblo donde la esperaba aquel novio á quien no quería. La tía la consoló, y prometió, por último, valerse de alguna traza para traerla á su lado, no ya de temporada sino para *in eternum*.

Luego, Tomás vió desde el tejado del palomar (adonde se encaramó con pretexto de poner una nueva jarra que sirviera de señuelo á las palomas), vió, decimos, al señor Homobono que se llevaba á la sobrina, y con ella su alma y su vida. Pero, ¿qué remedio? No pudo otra cosa que echar cien maldiciones al viejo, saludar á Manuelilla con la mano, recibir la última mirada de ésta, y verla cómo gustaba del buen olor del tomillo silvestre; seguir luego el paso de las dos cabalgaduras con la vista, y después... guardar en su corazón como en un arca cerrada y sellada los juramentos que la había hecho él y los que le había hecho ella.



XIV

Un licenciado en ambos Derechos

DON Lucas María del Pilar Igualada y Jiménez del Zarzal, habitaba (y quizás siga habi-